

EL TEATRO.

Entrando en la ciudad de los ciegos, sea invisible, guarda silencio y nunca encienda el fuego.

Hoy por la tarde en el viejo Teatro presentan la Obra. Sí, claro, la misma. La que han venido presentando durante los últimos miles de años.

Sin embargo, ahora ya se puede presenciar su continuación. Cierta tiempo atrás, el día del estreno de la Obra, como también su subsiguiente presentación, fue un acontecimiento extraordinariamente importante en la vida de la ciudad.

Muchas páginas fueron escritas al respecto. Y lo más interesante es que el archivo de la ciudad empieza su narración precisamente desde el momento de aparición del Teatro dramático, a pesar de que algunos historiadores juran que la ciudad empezó a existir en el mapa pasando ya un tiempo considerable después de la primera función del Teatro, y que parece, que antes en este lugar crecía un profundo y espeso bosque virgen. Mejor dicho, toda esta historia es un poco enredada.

La terminación de la monumental construcción del Teatro coincidió de una manera muy extraña y casi mágica con el nacimiento de la misma Gran Obra, cuyo estreno no se hizo esperar. No hay nada asombroso en el hecho de que durante tan largo tiempo de la existencia del Teatro su Obra no se ha cambiado. Además, a pesar de que las presentaciones se realizan aquí cada tarde y cada una de ellas no se parece a la anterior, la Obra no se ha terminado aún. Hoy por la tarde, por ejemplo, van a presentar apenas la séptima parte del segundo acto de esta monumental Obra. Dicen que el tercer acto no está listo todavía y que el autor trabaja sin descanso en su elaboración.

Pero que el final queda todavía muy lejos.....o por lo menos esto parece.

Los periodistas inventan y escriben muchas cosas acerca del autor de la Obra, de su drama existencial y de las causas de la aparición de este interminable serial; como también acerca de la historia del mismo Teatro y los actores, que trabajan una jornada continua y son regularmente reemplazados por los nuevos; se especula en general acerca de aquellos viejos tiempos, cuando todo aquí apenas empezaba. Pero en realidad se sabe solamente que el Teatro fue quemado varias veces, aunque hasta ahora no ha habido la necesidad de hacer una restauración a fondo; que las luces se encienden aquí regularmente cada tarde y las presentaciones se realizan, siguiendo un orden implacable, con inquebrantable regularidad, incluyendo los días de los grandes incendios, de las elecciones del gobernador, del presidente y de las grandes epidemias de gripe; y que, además, cualquier actor, que por accidente o por alguna otra razón entra en nuestra ciudad, obligatoriamente aparece en este famoso escenario y participa en la presentación de la Obra, la cual se convirtió hoy en día no solamente en una obra del arte clásico, sino que representa en sí misma un único y absolutamente inexplicable fenómeno.

El Teatro también es único, no existe ningún otro parecido a éste en el universo entero. Para que se pueda imaginar mejor toda la magnificencia de las decoraciones y del tamaño real del edificio teatral, como también para poder calcular cuánto cuesta a la ciudad su mantenimiento, es suficiente decir que cada mañana (si no está lloviendo en la calle) doce de los más fuertes trabajadores levantan con la ayuda de las palancas y amarran al techo del escenario a un verdadero sol. Y por las tardes cuidadosamente lo apagan, tratando de no quemarse, lo bajan, quitan las cadenas y lo guardan en el sótano para enfriarse hasta el otro día.

Una vez por la noche, en los talleres de los carpinteros, se rompió un tubo y cuando por la mañana los actores se levantaron y llegaron al trabajo, el escenario ya se había cubierto con tanta agua que parecía ser un profundo y revoltoso mar. Con el tiempo en este mar crecieron las algas, los arrecifes de los corrales, nacieron y se diversificaron los peces y mucho tiempo después, cuando en el Teatro aparecieron los humanos, empezaron a navegar los grandes barcos. Ahora el mar huele a gasolina. ¿Quién sabe porque? Pero dicen que no siempre era así.

Ya paso mucho tiempo desde que el director invito a los primeros actores a su teatro. Al principio en la obra participaban simples y corrientes piedras, la electricidad, tiempo y aire. Al rato, desde el zoológico mandaron a dos leones de verdad y a un oso grande, y también a una pequeña, pero muy venenosa culebra, y un montón de pájaros coloridos. De donde aparecieron en el escenario las montañas, perros y árboles, nadie sabe, pero los gatos, relámpagos y abejas vivían allí desde siempre. Por último, al Teatro llegaron las enfermedades, el dinero y los humanos. Y todos representan aquí a ellos mismos.

El escenario del Teatro está construido de una forma supremamente rara y merece realmente una descripción más detallada. Las rarezas empiezan desde el momento cuando frente a un joven actor, quien entra por primera vez en el mundo de la actuación, se abren las puertas del Teatro. ¡El actor de una vez se encuentra en medio del gran escenario! Quien sabe porque no llega primero al guardarropas, como de costumbre, o por ejemplo, al camerino, al hall, cafetería o auditorio. No, de inmediato aterriza en el escenario. Pero esto no es lo más asombroso. Lo más asombroso y casi inaudito es el hecho de que desde el primer instante de su aparición en el escenario, este recién horneado comediante, el colegial de ayer, de pronto empieza, con toda la seguridad del experto y en voz

alta, declamar su papel. ¡Y, además, recitándolo de memoria y sin un solo error, ni siquiera el más mínimo!

¿De dónde se le sale todo esto? Es realmente asombroso. Teniendo en cuenta que solamente hoy por la mañana él no tenía ni la mínima idea de que ya por la tarde estará en el Teatro y que, además, será contratado indefinidamente. Realmente el actor, para quien fue solicitado el reemplazo, apenas hace media hora estaba bien, feliz y contento. Nada presagiaba a la tragedia... Y de pronto en el instituto teatral sonó el teléfono y una voz serena pidió mandar urgentemente a algún estudiante y, si es posible, de los mejores, para suplir una inesperada vacante en el Teatro.

Estos reemplazos urgentes e inmediatos siempre son unas verdaderas sorpresas para los actores del Teatro, sin hablar de los invitados recién egresados. Sí, todo esto es un poco raro...

Pareciera que este recién graduado actor, justo ayer por la noche consiguió de alguna manera misteriosa el libreto de la parte de la Obra, la cual se va a presentar justamente hoy por la tarde, leyó a escondidas su papel y lo memorizó. Pero precisamente esto es absolutamente imposible. Resulta, que en nuestro Teatro nadie conoce sus libretos y, por ende, nadie los estudia con anterioridad, porque los libretos en esta Obra simplemente no existen. ¡No hay libretos, de ningún tipo! Y lo más interesante, es que esta inaudita anomalía no repercute en la calidad de las presentaciones. ¿Cómo es posible tal cosa?

Además, tampoco está claro cómo los actores llegan a sus casas por la noche en una completa oscuridad: en la ciudad, como se sabe, no hay luces y en el Teatro se alumbra solo el escenario. Sí, aquí hay muchos enigmas. A propósito: el auditorio, el hall, la cafetería, el guardarropas y, lo más importante, la salida a la calle, no se ven por ningún lado. Estos

simplemente no existen. Solo podemos encontrar el escenario por todos los lados. Por esta razón nadie va a las casas por la noche.

Al principio, casi todos los actores jóvenes están bastante perturbados por su condición de los vagabundos, algunos incluso sufren y muy en serio. Fervientemente tratan de hacer preguntas a los más viejos y experimentados actores. ¿Pero qué se puede contestar en este caso...? Sin conseguir la respuesta recorren como sonámbulos las escaleras del Teatro, empiezan a beber un poco de licor, y un poco más... y se tranquilizan. Con los años la mayoría de los actores dejan de buscar la salida del Teatro. Se cansan, tal vez, o se acostumbran a sus nuevos antifaces y a esta, algo extraña, relación entre las cosas en el Teatro. A nadie, sin embargo, se le ocurre llamarlo cárcel. ¡Cómo se puede! Es magnífico. ¿Acaso las cárceles son tan hermosas? Allá hay rejas por todos los lados y alimentan muy mal, y aquí se puede vivir sin mayores preocupaciones e, incluso, hasta ser feliz.

Todos los asuntos de tipo organizacional relacionados con los planes para el futuro, vivienda, cambio del tiempo, repartición de los papeles, etc., en nuestro Teatro son resueltos según una rutina laboral, tranquilamente, siguiendo todos los cánones del comportamiento civilizado. No es como en otras partes. Mejor dicho, aquí nadie resuelve problemas y contesta preguntas, porque estos problemas y preguntas simplemente no aparecen.

La administración del Teatro vislumbra con anticipación todos los problemas que pueden repercutir en la calidad de las representaciones teatrales de cada tarde y los resuelve, librando de esta forma a los actores de la necesidad de preocuparse inútilmente por las insignificancias cotidianas.

Sin embargo, esto no significa que los actores están absolutamente alejados de la realidad, se encuentran en unas condiciones de vida

estériles y artificiales y no tienen ni menor idea acerca de lo que está pasando frente a sus narices. Claro que ellos saben todo, porque leen acerca del todo en la prensa y regularmente se familiarizan con los anuncios de la administración echando un vistazo al tablero de las novedades ubicado en una parte especial del escenario. Es obvio que hay que estar informado sobre los acontecimientos y saber, por ejemplo, cómo comportarse en una u otra situación, o que se debe vestir hoy por la tarde para no parecerse a una hurraca blanca y no provocar rizas y burlas.

Cuando en el calendario, que está colgado en la pared detrás del escenario, se acaban las hojas donde alguien hasta ahora dibujaba la palabra “verano”, los trabajadores rápidamente entienden que es lo que hay que hacer, se suben alegremente por una escalera hasta el techo mismo y empiezan a tirar abajo la nieve, que hasta ahora estaba cuidadosamente guardada en unos especiales y enormes baúles de madera. En los lugares del escenario donde cae la nieve se hace frío y los pájaros se van. Incluso las personas que no leyeron los anuncios entienden perfectamente que llegó el invierno y que hay que poner el abrigo.

En todo caso la nieve no alcanza cubrir todo el escenario. En estos lugares se refugian los pájaros y en las hojas del calendario que se ven aquí alguien sigue escribiendo “verano”. Los actores a los cuales les toca esta parte del escenario están más despreocupados y la vida les parece incluso aún más fácil.

De la misma manera aquí, en el Teatro, se presentan de vez en cuando las inundaciones, incendios, guerras y diferentes epidemias.

Aunque no siempre las cosas marchan tan tranquilamente. Un día el sindicato Teatral tuvo que tomar la iniciativa propia, haciendo caso a la gente. Mejor dicho, fue obligado a tomar una “posición activa” por primera vez en toda su historia.

Y de pronto se hizo claro que el sindicato no tenía ninguna comunicación con la administración del teatro. Ni por el teléfono, ni, mucho menos, directamente. Entonces no se pudo delegar la solución de un problema tan urgente, como este, a la administración y se tuvo que tomar las medidas urgentes con los recursos propios.

En el Teatro estaba por estallar la revolución. Era urgentemente necesario determinarse y tomar partido en un asunto ideológico bastante quisquilloso. Ya era tiempo de terminar, y una vez por todas, con esta dual y absurda situación, en la cual, por la culpa de la actividad provocadora de algunos individuos supremamente inquietos, resulto estar involucrado casi todo el grupo de los actores, que eran unos trabajadores tan amables, corteses y tranquilos.

Los pintores y los decoradores fueron obligados a encontrar, urgentemente y por la noche, en el escenario un sitio adecuado para la acomodación del "auditorio"; pintarlo (en tonos oscuros para imitar el verdadero parecido) y, lo más importante, separarlo del resto del escenario con una división tan fuerte y resistente que con el tiempo incluso a los gatos se les olvidaría pasar a través de ella.

Claro que a los verdaderos espectadores nadie los había visto nunca. Además, de "allá" ya desde hace tanto tiempo se percibe solo un profundo silencio. Y un día cualquiera, alguien por fin se interesó: ¿y si existen los espectadores en el auditorio? -y es por esta razón, que en este bendito día se oyó una sinvergüenza pregunta: "¿Para quién actuamos?"

Entonces, en el "auditorio", rápidamente pintado y decorado, ubicaron algunas sillas, donde acomodaron a los más destacados actores y les explicaron cómo, tal vez, se veían los espectadores y como tendrían que actuar para parecerse "de verdad". Detrás de la escena y también al final del pasillo pusieron las señales "Salida". Claro que no existía ningún

tipo de salidas en estos lugares, como no existían los espectadores, ni el auditorio en el lugar donde lo dibujaron, pero para buscar a los verdaderos ya no tenían tiempo. Al Teatro había que salvar urgentemente. Los actores se volvieron neuróticos, histéricos y casi pierden todos los controles. Había que evitar la guerra.

Al principio los actores, algo temerosos y hasta con pánico, se adherían a las paredes, murmuraban entre ellos y escondían sus miradas. Pero de pronto se excitaron y tanto que empezaron a gritar, saltar y amenazar con que por la tarde no irían a trabajar. Pasado otro día, de nuevo, quien sabe porque, todos se asustaron, dejaron de hacer bulla y pasito, ya llorando, rogaron solamente a explicarles porque en el segundo piso del Teatro hasta ahora no hay cafetería, donde está el guardarropas, cuando van a pagar la prima que prometieron desde ya hace tiempo y porque los espectadores no aplauden. Buscar la salida del Teatro ya, gracias a Dios, se les olvido. Pero todavía quedaban unos individuos "sospechosos", que siguieron cocinando el agua: " Ya es tiempo que el autor de la Obra, director o alguien más de la administración salga de sus aposentos y hable con el colectivo artístico...¿Sobre qué?...Pues, supongamos, sobre los planos para el futuro del Teatro,...esto, lo otro..." Otra vez la muchedumbre se puso nerviosa y todos se sintieron engañados como si fueran unos bobos completos. Y solamente después de que en las distintas partes el escenario aparecieron señales "Salida" y "Auditorio", la gente fue tranquilizándose poco a poco, porque parecía que otra vez todo estaba en su lugar.

Gracias a Dios, todos los problemas se resolvieron o, mejor dicho, desaparecieron por sí mismos. Las inquietudes se fueron, las pasiones se calmaron y la vida poco a poco entro en la vía de la costumbre rutinaria de siempre.

Cuando la última palabra de la Obra fue escrita, el autor dejó caer su llena de eterno cansancio espalda en el suavemente blando espaldar de su antiquísimo sillón y el pensamiento tejió lentamente frente a su amo a la NADA. Su contemplación hizo volver el silencio y la apacible tranquilidad. Todo cambió otra vez, el tiempo se suspendió y el autor mismo se desvaneció en lo invisible. En lugar de él, de su lámpara, sillón, mesa y las hojas de papel con el eterno libreto de la interminable presentación teatral, en la NADA levitaba alumbrando con una misteriosa luz reflejada en sus innumerables lados, un diamante. Todo se diluyó en él, aún más, ahora era claro que, desde siempre, todo era él. El mágico cristal con la luz interior tenía su nombre: LA LEY. El diamante era más invisible que el aire y no contenía ningún tipo de materia, solamente idea. Alrededor de él se prolongaba una profunda e infinita oscuridad y no se distinguía nada aparte de él.

No se sabe quién puso a caminar el reloj, despacio y silenciosamente dibujo el aire, después la vida, con el polvo esculpió las estrellas y otras decoraciones. De los coloridos pedazos de tela fueron cortados el color rojo, la memoria, los diferentes antifaces, las emociones y los actores, quienes midieron todo esto. Con la ayuda del cuchillo y simple papel, pegante y lentejuelas, unas manos invisibles construyeron a un fantástico Teatro dentro del efímero espacio del cristal. Alguien soplo la piedra, la limpio con un trapo y el cristal brillo más intensamente. Y de pronto todo se movió... Mientras camina el reloj que emprendió su cuenta antes del tiempo, la Obra no terminará. Las presentaciones que

empezaron desde los tiempos inmemorables van a seguir todavía durante mucho, mucho rato, casi siempre...

Las luces del auditorio fueron apagándose poco a poco y quedo iluminado solamente el escenario. En otros tiempos las personas no podían participar en la Obra: el autor no los había inventado todavía. Actuaban el fuego, polvo, el viento y la lluvia. Dicen que algún día llegarán los tiempos cuando las personas dejaran de actuar en la Obra; se reunirán y se irán del Teatro. Claro que esto pasará todavía dentro de muchísimo tiempo, pero antes de que en el reloj se dañara su única aguja. Todo se parará y la última frase del espectáculo será pronunciada por alguien más, no por el ser humano...

Hay que decir que el director del espectáculo es un excelente psicólogo. Sabe perfectamente cómo hay que trabajar hasta con los actores más perezosos. Además, entiende que el desempeño de los actores mejora notablemente cuando nadie los sobrecontrola, incluso cuando nadie espera de ellos que actúen de una u otra forma determinada. Que realmente es más beneficioso permitir que el actor en vez del duro entrenamiento con la inútil memorización de las palabras desconocidas, actúe con toda la espontaneidad y libertad, que viva en el escenario como si fuera éste su propia casa y que el papel que desempeña sea su propia vida. Mejor dicho, al actor hay que ayudar a representar a sí mismo y, además, hay que lograr que esto suceda todo el tiempo.

Entonces, el director de la Obra no se puso en la tarea de entrenar a nadie de los invitados para el trabajo en el Teatro. Incluso, tal vez a propósito, se le olvido a decirles quien y como debe caminar por el

escenario, que cosas deben decir y a quien representar. También oculto a los actores el hecho (bastante importante) que para la preparación de la Obra algún día fue escrito un libreto, según el cual desde ya hace mucho tiempo se esta desarrollándose la presentación y que va a seguir de la misma manera, sin cambiar ni una sola palabra del libreto.

En cambio, él permitió a todos los que aparecen en el escenario en este momento hacer las improvisaciones según cualquier tema que se les ocurra y con toda la libertad crear sus propios diálogos y monólogos. ¡Así es mucho más interesante! Además, cada participante del espectáculo casi que fue obligado a comportarse en el escenario con la mayor naturalidad posible, sin pena, ni temor a nada, ni a nadie. Mejor dicho a los actores fue permitido hacer todo lo que deseaban como si no existiera ningún teatro, ni luces, ni decoraciones, ni tampoco los papeles, ni antifaces, ni maquillaje.... ¿Funcionó?

- ¡Y cómo! - La ilusión de la naturalidad y de la espontaneidad de todo lo que pasa en el escenario; de las decoraciones, que en realidad están hechos de los materiales sintéticos; y la veracidad del aire artificial (se elabora en el sótano de las ilusiones y de los sueños y llega al escenario por los tubos); el mágico silencio de los espectadores, quienes además son invisibles; y, por último, la ilimitada libertad para crear – todo esto juega una broma bastante cruel con cualquiera que aparece en el escenario.

El engaño obliga a los actores, desde el primer ensayo, entrar tanto en su papel, que se les olvida de que fueron contratados en este trabajo por un tiempo limitado, que son simples actores y que ahora están actuando en un escenario; que silenciosos e invisibles espectadores compraron las entradas y ahora observan atentamente a la presentación (incluso cuando los actores están dormidos) y que no aplauden precisamente porque no quieren espantar la magia de este incógnito misterio.

Esta libertad de juguete, capaz de engañar con tanta facilidad, envuelve a los actores y los emborracha tan fuertemente, que dentro de la embrujada tormenta de la presentación teatral no solamente se recrea, sino que de verdad se presenta la vida real: soplan fuertes vientos; se levantan inmensas olas en el mar; los volcanes escupen las montañas del fuego y polvo; los animales rugen ferozmente en los bosques; y los seres humanos, con toda la seriedad del caso, emprenden las construcciones de las casas, vuelan a tierras lejanas, disparan con las armas a sus enemigos, beben el rojo vino español y van a la opera; con todo el corazón aman a sus familiares y allegados, educan a los hijos y un día mueren, también de verdad.

Pero parece que hasta los espectadores de la Obra no llegan ni las balas, ni los aviones, ni siquiera, incluso, los perfectamente elaborados monólogos, ni las palabras, ni vacías botellas de champaña, ni las más ardientes y desgarradoras pasiones – porque todo esto son simples decoraciones. Los espectadores llegaron a ver algo diferente. Sin embargo, para los actores todo en este escenario parece ser absolutamente verdadero, real e, incluso, supremamente importante. Es por esta razón que ellos se sumergen con la cabeza en el juego y algún día hasta empiezan por fin a recibir una verdadera satisfacción de todo esto.

Es difícil entender desde este lado del escenario, que aquellos que compraron las entradas y están sentados seriamente en el balcón, también juegan en algo, y que sus juegos y pasatiempos son mucho más divertidos, empezando por el hecho de que están jugando con los actores.

Los actores en nuestro Teatro son verdaderos profesionales: no solamente se mueven a la perfección por el escenario, sino que nunca se equivocan en decir los textos de sus papeles. Sin conocer el libreto, dicen todo tal y como está escrito, sin quitar ni agregar ni una sola palabra. Por

esto la presentación de la Obra nunca falla, ni se paraliza, ni precisa de los ensayos: los actores aparecen en los lugares donde tienen que aparecer y pronuncian las palabras las que tienen que pronunciar, con las entonaciones y expresiones exactamente correspondientes al libreto.

Si, por ejemplo, está escrito que este miércoles por la tarde en el escenario aparecerá uno de los actores nuevos y recitará un monologo acerca de cómo él supo que en alguna parte del mundo existe un teatro, donde los actores representan la vida y que todos los participantes de este espectáculo se entusiasmaron tanto que parece que perdieron la razón, porque todos ellos se transformaron en sus disfraces y se quedaron a vivir directamente en el escenario y que ya desde hace mucho tiempo viven y juegan de esta manera, olvidando de su casa y de ellos mismos verdaderos, -, entonces, este actor realmente aparecerá en la escena en el tiempo y el lugar destinado y sin vacilar recitará todo el texto. ¡De memoria y sin ningún error!

Después, sin una pizca de temor, se acercará al lugar donde el pintor del Teatro el miércoles por la mañana marcó con tiza el "borde del escenario", y, mostrando en alguna dirección frente a sí mismo, como si fuera que había visto algo allá, moderadamente entusiasmado y satisfactoriamente emocionado, sigue diciendo que él y todo lo que hay alrededor: pájaros, árboles, personas (en este instante hace un bonito y elegante gesto con la mano)- son solamente actores en el mágico teatro de títeres. Y desde las sillas de los espectadores, - sigue él con su intrigante monologo, - un invisible autor está observando al espectáculo y como este autor también es el director y el productor de todo lo que está sucediendo, entonces, él también seguramente dirige todo desde allá: temple los hilos y las muñecas se mueven; y que a pesar que nadie sabe (excepto, claro, el

director) para que y por qué fue escrita esta Obra y que va a pasar con los títeres y las muñecas más adelante....

Llegando a esta frase, los actores que representan a los espectadores se levantarán e interrumpirán al primíparo con sus fuertes y bastante sinceros aplausos. El actor se inclinará en el signo de la gratitud y se irá contento, rebosando de orgullo y satisfacción propia. En su lugar saldrá el otro, después el tercero, y etc. Todos dirán las palabras diferentes, siguiendo sus papeles sin error. Es muy sorprendente, pero en este raro Teatro nadie y nunca se equivoca en su texto, ni tampoco dice cosas que no están en el libreto. Ni siquiera borracho o accidentalmente. Quien sabe porque, pero nadie produce aquí sus propios pensamientos. El que entra aquí está destinado a convertirse en un actor. Excepto, tal vez, los que alumbran al escenario... Dicen que ellos son los únicos los que han visto al autor y han leído el libreto. ¿Pero quiénes son ellos? Resulta que a ellos tampoco nadie los ha visto nunca.....

Según el libreto, algunos de los participantes del espectáculo tienen que pensar sobre el futuro y sobre la vida en general. Alguien decide organizar planes, hacer promesas y presentar las garantías de su cumplimiento. Alguien se dispone a contar a los jóvenes actores sobre las cosas que les esperan en el futuro; y sobre que está escrita la Obra, en la cual todos participan desde el nacimiento; cómo funcionan todos los mecanismos del cambio de las decoraciones en la aquella escena donde viven y trabajan; de donde aparece en el Teatro el aire, que respiran y los pensamientos que se dicen en voz alta con gracia y emoción; como se apaga la luz y como se puede, incluso antes de la jubilación, conseguir el derecho de sentarse en una cómoda silla del auditorio y representar desde allá al espectador, lo cual, como se sabe, es algo supremamente

prestigioso y adinerado; como se ve el autor y que presentaciones se realizarán en el Teatro el próximo verano; etc.

Claro está, que el sabio veterano miente un poco, contando a los jóvenes sobre sus planes creativos y otras cosas, porque casi nadie en el Teatro sabe a ciencia cierta qué es lo que va a decir o hacer en el momento siguiente, ni mucho menos que pasará en el espectáculo dentro de una hora o más.

Pero el autor si conoce bien todo el drama: está escrito en el libreto que tiene en sus manos en este preciso momento y que algún día fue hecho por él mismo. Él, por ejemplo, sabe qué pasará con este u otro actor mañana y con el Teatro durante los próximos milenios. Quien y como vivirá su vida, porque morirá y que pensamientos llegaran a su cabeza un instante antes de morir.

Este estado de cosas tiene su razón de ser, ya que se sabe que los actores son una gente supersticiosa y excesivamente nerviosa. ¿Para qué tratar de averiguar en este caso algo acerca del futuro? ¿Para ponerse aún más deprimido y nervioso? ¿Será que después de saber su destino el actor va a actuar mejor, se vuelve más bondadoso y deja de fumar? Poco probable. Para muchos ver al futuro no solamente es un suceso supremamente perturbable, sino que es bastante peligroso. Juzgan ustedes mismos.

Supongamos que algún actor llega a saber que el señor N (él lo conoce personalmente y sin duda es un lambón, falso, hipócrita, con la completa ausencia del talento, capaz de actuar solo en los papeles de segunda), por alguna razón, oculta para todos, en el próximo capítulo de la obra recibirá un papel del gobernador del segundo piso, se volverá famoso, actuará en el cine, y será protagonista del día en la prensa. Vivirá una vida larga y feliz y morirá en una edad muy avanzada, rodeado por

las atenciones de los amigos (quienes lo odiaban en la vida), dejando después de sí una inmensa fortuna para los nietos y una huella significativa en la historia del Teatro. ¿Y qué es lo que espera a nuestro héroe: una persona talentosa, joven, honesta y de buenos sentimientos? Lee y se da cuenta de que al principio del próximo capítulo para él está preparada una inútil y poco estética muerte debajo de las ruedas de un camión de bomberos. Además, no será salvando a alguien heroicamente, sino que así no más, sin ninguna razón, accidentalmente... ¿Qué papel es este, por favor? ¿Será que el actor tendrá que alegrarse por la suerte de merecerlo? Saber que una cosa de estas le va a pasar y no poder cambiar nada. ¿Para qué esperar el próximo capítulo? ¿Qué sentido tiene seguir si todas las aspiraciones, proyectos y esfuerzos están destinados a terminar mañana debajo de las ruedas de un camión de bomberos?

Entonces, para conseguir que los actores no se desilusionen y que sigan actuando con todo el esfuerzo, empeño y esperanzas, el autor mantiene en secreto el libreto de la Obra.

Sin embargo, desde ya hace un tiempo, entre los actores camina el chisme de que la gente que está encargada de alumbrar al escenario es supremamente rara. Que ellos no solamente ya han leído el libreto, sino que hasta poseen la capacidad de cambiarlo en la dirección que quieren. Y que, además, parece que se conocen los casos cuando estas personas habían prevenido o parado aquello que los mismos actores llaman "La cacería divina" y sobre lo cual no se atreven hablar en voz alta.

Es una cosa horrible. Es cuando desprevénidamente terminan el contrato a alguien. Por un comportamiento indebido, por una pelea, consumo de alcohol en el trabajo o por alguna otra razón que no está clara ni para el mismo despedido. Al actor exigen abandonar de inmediato el Teatro, llevando todas sus pertinencias. Mejor dicho, sacan la

persona a la calle. Además, todos saben que poner quejas o apelar en esta situación es inútil, como igual de inútil prometer cambiar o mejorar. ¿A quién prometer y que mejorar? ¿Quién ha visto la verdadera administración, al autor o director? Realmente pedir disculpas o hacer promesas ya es tarde, porque el entendimiento de que se empezó la cacería llega cuando esta última esta por acabar. Te das cuenta en que estabas metido, como se dice, según el resultado. El principio de la cacería es el fin de la carrera del actor. Contagiarse de la tuberculosis y andar del médico al médico durante varias escenas y tragar las horribles medicinas – esto es una cosa. Aquí todavía existe un chance de recibir el papel de una persona sana para el próximo capítulo. Por lo menos se le da un tiempo para pensar y esto ya es algo.

La casería divina es otra cosa. Esto es cuando ya sin bromas, y, a veces, hasta en una forma muy brusca, al actor sacan del Teatro, además, con tales recomendaciones que ya no puede ni soñar seguir ejerciendo su profesión. La decisión de empezar la cacería es tomada por el mismo director, cuando, desde su punto de vista, la presencia de un u otro actor en el escenario se convierte en algo peligroso para su Teatro. Cuando, por ejemplo, aparece la amenaza de la interrupción del espectáculo (el actor olvida el texto o lo pronuncia con la entonación equivocada), o la posibilidad real de propagación de una epidemia, donde todo el personal puede contagiarse de una enfermedad, una idea, un pensamiento o incluso de algo peor. Por eso estas decisiones de la administración son tan drásticas, definitivas y solamente pueden ser sometidas a la apelación en el más alto nivel.

Pero el problema es llegar allá. Íntimamente conocen al director solamente unas pocas personas en todo el Teatro. Y encontrar esta persona que toma el té con el poderoso en su despacho y que puede

pronunciarse a favor de uno entre una taza y la otra, no es tan fácil. Los actores que están sentados en los sillones blandos ubicados en el mismo escenario y que representan orgullosamente a los espectadores, no cuentan. Como tampoco cuenta aquel viejito que no se sabe porque recibió el papel del amigo íntimo y el representante mayor del mismo autor de la Obra. (A propósito, la reacción del autor a este hecho no es conocida hasta ahora. Parece que él es indiferente al respecto o simplemente desde ya hace tiempo no se interesa por lo que está pasando aquí.) Entonces, todas estas personas frente a los ojos de la administración son unos simples actores, al igual que el condenado. Por esta razón todas las peticiones de los “espectadores” o, incluso, de su “representante en masas” no surten ningún efecto. O tal vez ni siquiera llegan a sus oídos. No se sabe.

Pero en cambio es muy claro lo otro. Cualquiera que prefirió jugar el papel del “metido en los líos”, está obligado, según el libreto, a buscar la salida de esta complicada situación por sí mismo. En todo caso no hay nadie quien le ayude, y jugar la última escena le toca en soledad. Esta circunstancia complica bastante la terminación del acto en la cual el actor participa todavía, porque la sensación de una verdadera soledad aquí en el escenario no es conocida prácticamente por nadie. Este sentimiento es muy inusual y por esto parece ser algo supremamente inconfortable y hasta muy peligroso. Incluso estando solos (cuando los otros actores no se ven cerca) los actores no se quitan las máscaras. Entonces, siempre cada uno de ellos son por lo menos dos. ¡Son siempre dos! Además, uno de estos dos habla todo el tiempo. Nunca cierra la boca, al mismo tiempo que el otro siempre calla. ¡Qué tortura! Pero lo más terrible es que con el tiempo los actores dejan de prestar la atención a este “detalle”

y hasta empiezan a confundir la máscara con ellos mismos y llamar al maquillaje en sus rostros con los nombres humanos.

Cuando alguien llama a alguien, junto con él se levanta y camina su máscara... Ella se acerca a quien pronuncio el nombre de él...no esperen...el nombre de ella y entabla la conversación. Por otro lado, cuando el actor quiere hablar con el ser querido y con un saludo del corazón se acerca para abrazarlo, de pronto a su encuentro sale la máscara del otro. Tal vez el otro también se acerca junto con su máscara, pero el actor no se da cuenta de esto, porque no lo puede ver. Solo puede ver a su máscara. Entonces a la hora de la verdad no le queda claro hasta el final si llego el otro junto con su máscara o su máscara lo visito sola. Todo esto es normal, porque los actores incluso duermen con los disfraces puestos. Y duermen ellos siempre...

P.D. Esta historia también hace parte de un papel cualquiera de la obra. Toda esta palabrería pertenece al libreto, pero el actor no se atreve a romper la ilusión persistente y pegajosa de que son suyas, porque el placer de sentir, aunque sea ilusorio, el poder propio y satisfacción de acariciar su ego, lo atrae como un irresistible y poderoso imán, cuya fuerza sobrepasa sus débiles intentos de arrancar la máscara, despertar y dejar el Teatro para siempre y no por unos instantes que lindan con la desesperación, depresión y locura.

Aunque tampoco se sabe cual camino es mejor: seguir jugando el papel prescrito, sin siquiera considerar una remota posibilidad de que las cosas pueden tal vez ser de otra forma, vivirlo como si fuera la vida real y seguir jugando en serio; o quitar la máscara y enfrentarse con el aterrador y desgarrador sentimiento de la Nada y con la asustadora oportunidad de buscar su propia idea para construir enseguida su propia materialización,

dejando en remojo, al mismo tiempo, la posibilidad de que, tal vez, no habrá siquiera esta idea propia, ni oportunidad, en ningún lugar, porque ya somos y desde siempre hemos sido una manifestación de una idea original en la cual está incluido también el final de los acontecimientos.

Entonces, el camino que queda es aprender a librarse de la ilusión del poder propio y llegar a contemplar el drama eterno del juego sin romper sus reglas ni abandonarlo, ser libre de la acción estando dentro de ella. ¿Pero qué hacer con la necesidad del significado de todo esto y, aun más, con la misma compulsión incesante de buscar constantemente un significado cualquiera a todo lo que hacemos, vemos y sentimos? ¿Y no será que este es un papel del observador que se enorgullece de la inteligencia propia, igual que otros tantos, que también estaba previsto dentro del libreto desde hace tiempos? ¿Y no será que buscar el sentido y significar también está previsto dentro de nuestros papeles para ocuparnos en algo mientras estamos viviendo y sirviendo para un fin determinado, oculto e inaccesible al entendimiento de un simple actor? O tal vez, supimos sobre este fin en el otro lugar, pero no podemos saber ahora, porque tenemos que aprender a elegir correctamente a pesar de la insuperable fuerza de la gravedad de nuestras limitaciones.

Inside my heart is breaking
My make-up may be flaking
But my smile still stays on
The Show must go on.....

Queen (Freddie Mercury)

Olena Klimenko